

El aprendiz de cuentista¹

Helder Morales Sepúlveda

Egresado del Taller de Escritores
de la Universidad Central

Si no fuera porque mi pensamiento corre como potro salvaje, mantendría a raya los personajes para que no me involucraran dentro del cuento, y entonces podría escribir unas historias magníficas -*un café, por favor*-, sí, magníficas; como la del hombre que tenía talento y quería ser mago profesional, pero le faltaba una mano; entonces desistió y terminó estampando sellos de 8 a 6 en una oficina del gobierno, mientras otro hombre sin talento pero con ambas manos, se convirtió en un ilusionista mediocre, y nunca llegó a la excelencia del oficio, y por supuesto sólo se presentaba en Cafés Teatros baratos, como éste en el que estoy, que por coincidencia también el manco frecuentaba...

Pero vaya y prosiga la narración. He ahí el problema. Aunque como idea germinal es interesante. O, tal vez daría para un guión cinematográfico...

Ahora han apagado las luces de la sala y se encienden las del escenario para dar paso al dudoso mago que anuncian. Es posible que se parezca al de mi argumento...

Un guión, decía; no obstante, debería decidir lo que quiero que el público sienta con esta historia:

Si deseo que sufran lo que el manco, cuando observó al magucho efectuar con torpeza dos o tres trucos trillados; la tensión caliginosa que lo invadió al presenciar el arte de Houdini pordebajeados gracias a un inepto sólo porque tenía dos manos, a sabiendas de que él, en su casa y con una sola extremidad, había realizado hacía muchos años esos mismos trucos; y no sabía si reír o llorar; y desconsolado veía cómo el público, que no sabe de magia porque en raras ocasiones ha visto magos verdaderos, miraba boquiabierto al imbécil que se las daba de ilusionista allá entre el brillante cono de luz del reflector, con su raído frac, su grasosa chistera y su cretina sonrisa; y luego escuchó de qué manera lo aplaudían, ¡sí señor!; porque quienes se plantan en un tablado llevan ventaja sobre los que nunca se paran allí, son algo aparte y superior, así sean unos fiascos. Y el manco solitario en su mesa de Café

Teatro sintió dolor; reconoció que había perdido la vida entre sellos y papeles inútiles, cuando su lugar era el escenario; y triste se preguntó, si no sería tarde para iniciarse en el espectáculo. Atisbó de reojo su extremidad sin mano, cerró los párpados un instante, se levantó, y salió despacio con el cigarrillo en los labios y el muñón en el bolsillo. «Soy inútil como ave subterránea, o flor negra en la solapa», pensó. Y en la fría noche se perdió entre el neón y las sinuosas callejuelas, hasta que penetró en el burdel donde ocurriría el desenlace. Comprendió que el tiempo perdido ya no lo recuperaría; saboreó toda su frustración con cada sorbo de licor, con cada nota del tango que intentaban bailar una puta ebria y un recluta, y percibió a su derredor los aleteos de un ave oscura que rondaba cada vez más cerca de su cabeza.

Si espero que el público sienta ese aletear, entonces la cosa es con literatura. Pero vaya y póngalo en imágenes. ¡No joda! Que cada arte se exprese como pueda -*preciosa, un aguardiente*-, ¡miren nomás qué hembra! ¡miren nomás qué piernas! Creo que el público preferiría el cine para ver este monumento de fémina, sin saber que pierde aquello de los aletazos del pájaro subterráneo. Pero dejémonos de fruslerías, que no soy ni profesor ni crítico; apenas un pobre boludo. Además, me desvié de lo que al principio pensaba: Si pudiera disciplinar el pensamiento para no dejarme llevar por los personajes, pariría unas historias que entusiasmarían al lector -*gracias mujer, estás buena, rebuena, mejor que dormir hasta tarde*-, unas historias como la que por ejemplo en este momento se retuerce por salir. Debo pujar; tengo experiencia, por lo menos en abortos, y sé que al final fluyen lubricados en su propia sangre, -*señor, ¿tiene un cerillo?...?*-, este hombre ha sacado la lumbr encendida de su sombrero de copa. ¡Es el magucho de marras! Pareciera que me siguió hasta el lupanar. Mas no me impresiona su estúpido truco. ¡No señor!

-Perdón, pero olvidaba que llevo fuego por dentro - digo, y lo dejo con su llama entre los dedos mientras

¹ Mención de Honor en el Concurso Nacional de Cuento «Ciudad de Barrancabermeja» 1997, con un jurado integrado por María Mercedes Carranza, Alonso Aristizábal e Isaias Peña Gutiérrez.

introduzco todo el cigarrillo en mi boca; por fuera de los labios apenas asoma el filtro, y después de unos segundos, lo retiro encendido y expulso el humo sobre su rostro.

-Sin embargo, tómese un aguardiente conmigo. ¡Ea! -llamo a la mujer rebuena, y disfruto el desconcierto del hombre.

-¿Es usted mago? -pregunta sorprendido.

-No. ¿Cómo podría? -exhibo el muñón, que él ve nítido contra el lechoso panel de la rocola.

-Pero el truco que acabo de apreciar es bueno. De verdad bueno -confiesa.

La chica se acerca con los tragos, y el vestido blanco resalta sus carnes lascivas entre la penumbra. Pongo mi mano sobre su talle y la invito a sentarse. Su rostro se ve pálido y sobre la mejilla brilla una estrellita de maquillaje. Deposita las copas sobre la mesa, toma asiento y nos mira a medio reír.

-Me llamo Lucero -informa-, ¿y ustedes?

-Yo soy el mago Damián -contesta el otro y la mira ávido.

-Y yo, Gastón -replico en el momento que irrumpe la densa voz de Aznavour.

-¡Ah, magos! -exclama entusiasmada la damisela y agrega: Espero que no me vayan a desaparecer -y carcajea a través de su garganta de cisne.

-No. Sólo haré invisible tu ropa -sentencia Damián, y aparta el encaje del escote que cubre sus túrgidas tetas. Ella vuelve la tela a su lugar con falso pudor y le riñe coqueta. Por mi parte, repito el lance e introduzco mis dedos pulgar e índice en el centro de sus apetitosas mamas, y antes de que ella reaccione, saco una copa llena de vino:

-El te quitará, pero yo te daré -afirmo solemne ofreciéndosela. Ambos me miran sorprendidos un instante, y Lucero fija incrédula sus ojos negros en la copa que se atreve a recibir, pero no a descargar sobre la mesa, ni a llevar hasta sus jugosos labios.

-¿Por qué niega que es usted mago? -pregunta Damián.

Vuelvo a mostrarle mi brazo sin mano, en tanto bebo el licor, y el ritmo de la música se ha apoderado de los libidinosos parroquianos. ¡Sí señor!

-Podría ser el mejor ilusionista del mundo precisamente por su carencia de mano -casi grita el magucho a causa del bullicio. Con un gesto le doy a entender que no me importa, aunque no soy honesto. Lucero sigue atenta la conversación.

-Puedo conseguirle un contrato cuando quiera, además, estoy dispuesto a ser su empresario -gesticula con vehemencia Damián en medio de la atmósfera viciada y vibrante.

En estos momentos pienso que el hombre es sincero, sí. Ha reconocido que al lado mío es un simple aficionado, y me arrepiento de haberle humillado. Ya no voy a realizar más trucos, y ordeno que traigan una botella decidido a pasar la velada lo mejor posible, ¡sí señor! No obstante, me suena la propuesta de Damián, y me tienta.

Sobre la pista de baile gira una esfera iridiscente que despide destellos al ritmo de la música, y los rayos retratan en luz y sombra el armatoste de la barra, la geometría de los mosaicos, la soledad de las sillas, las cadenciosas siluetas de los bailarines; visión en carboncillo del gira y gira y gira de la esfera irisada que ilumina cada segundo la punta de mi nariz, ¡sí señor!, de mi nariz la punta; y cavilo sobre la propuesta de Damián, y bebo y bebo y bebo, empino el codo, el codo empino, y vuelvo a pensar y a beber y a escuchar a Charles Aznavour y a ver las sombras, y mareado poso la mirada sobre el magucho que sonriente extrae pañuelos coloridos de la manga de su frac para divertir a Lucero que lo observa divertida.

Entonces me dan celos de la Magia y de la mujer, ¡sí señor!, y una fuerza trastabillante irrumpe en mí. «Este sí que es un imbécil», pienso; le arrebato los pañuelos que encierro en mi puño; abro la mano, y vuela airoso un colibrí que multiplica sus colores contra la esfera brillante y revolotea por la semioscura estancia ante el estupor lento de quienes lo ven y detienen el baile; el baile detienen y lo ven; y me miran y miran la avecilla, y ella vuelve a la palma de mi mano; la cierro, la abro de nuevo, y ahora todos admiran un espléndido huevo de oro que irradia finos destellos en tanto los presentes nos rodean, ¡sí señor!, y Aznavour está terminando de cantar sin que alguien baile, y cuando de la última nota sabrosa sólo queda el eco lejano, se cuaja un silencio vaporoso y nadie se mueve, los ojos clavados en el huevo dorado que ofrezco a Lucero, y en el instante en que tímida lo recibe, se convierte en delicada rosa entre sus dedos; entonces, abre todavía más sus ojos de ángel en desgracia, lleva la flor hasta su pecho, se inclina y besa mis labios con fuerza, ¡sí señor!, al tiempo que todos aplauden. «¡Otro, otro, otro!» corean, y Damián grita, «¡maestro, es un maestro!», y el ambiente huele a tabaco, licor, sudor y perfume.

El alboroto ha cesado. Me siento realizado por primera vez en la vida. Sí, realizado. Lucero está definitivamente a mi lado, y he vuelto a zurrar al magucho de las dos manos, ¡sí señor!

-Maestro -empieza ceremonioso Damián-, es egoísmo no compartir con los demás su magia. Mi propuesta va en serio: Seré su empresario. No me importa dejar de ser mago; pasar a vivir tras bambalinas.

-Yo seré tu ayudante -exclama Lucero casi rogando más que afirmando.

-Está bien -anuncio con frialdad, aunque por dentro estoy dichoso-. Seré al fin, mago profesional. Lo acepto como empresario -digo, y le extiendo al hombre mi mano en tanto la mujer recuesta enternecida su cabeza sobre mi hombro.

-Señoras y Señores -prorrumpe Damián levantándose-: Hoy nace una estrella. Este hombre, Gastón, es la luminaria que estalla en el firmamento del ilusionismo, y yo, su humilde servidor, seré la luna que apenas refleje con palidez sus rayos -los bebedores suspenden los vasos en el aire, el humo detiene sus volutas, aún no hay música; Damián continúa-: y para bien lanzar este superastro, oficiaré el rito iniciático establecido desde tiempos de Merlín para tales ocasiones.

Enseguida saca de su maletín una pequeña guillotina que pone sobre la mesa y prosigue:

-La estrella iluminará esta noche el universo mágico: Maestro, deslice su mano bajo la cuchilla.

«Está ebrio», reflexiono, y miro la guillotina con indiferencia. Sé cuál truco va a realizar; yo mismo lo he llevado a cabo en innumerables ocasiones; sin embargo, para Damián es algo refinado, ¡sí señor!, y me sorprende que lo vaya a intentar. De pronto siento que todo es un insulso juego de beodos, y paso mi mano a través de la fría boca del artificio. Lucero me echa una mirada aprehensiva. El tiempo sigue en salmuera.

-Tú serás mi sensual ayuda en el escenario -susurro a la mujer por decir algo, mientras oigo sin oír con el brazo extendido el parloteo de Damián.

Reacciono al escuchar un rugido multilaríngeo, un coro de terror que brota de todas las gargantas, y veo mi única mano cercenada sobre la mesa. La Sangre mana furiosa del muñón, ensangrenta mi rostro, el cristal de las copas, el traje blanco de Lucero; algunos testigos llevan sus manos a la boca, otros a los ojos, otros vuelven la espalda, otros huyen, otros permanecen inmóviles, estu-

pefactos ante el efectista espectáculo; sí, efectista. Damián, titubeante toma el maletín, se inclina torpe con la mano en el ala del cubilete, y sale sin esperar aplausos. Sin esperar entre la penumbra y el humo y la ausencia de música. El silencio, la quietud, y sus pasos se oyen, sí señor, se oyen al salir.

¡Yo soy un mago! ¡Un verdadero mago! La ilusión apenas estaba en mitad de su asombroso desarrollo. El magucho no habría podido coronarla por falta de talento, pero yo sí podía tomar la mano y unirla de nuevo a la muñeca, luego flexionarla, extenderla, y agitarla ante la mirada vidriosa del público que para entonces aplaudiría a rabiar, pero ya no tenía mi única mano para terminar el truco y allí, sobre la mesa y entre copas, quedó marchita mi mano, mi magia, mi vida. ¡Sí señor!, en los mediocres no hay que confiar. ¡No señor!

Pero me desvié del tema en que discurría -un café, por favor-, que si no fuera por mi indisciplinado pensamiento, no me involucraría con los personajes; no me hallaría sin manos; y podría escribir, no dictar, unas historias de padre y muy señor mío, que darían para un buen guión, y tal vez un mal filme; dependería del director. O, quizá, un buen cuento, y una mala lectura. Dependería del lector -sin azúcar y con pitillo, por favor-
bojas Universitarias.....